

Don Quijote de la Mancha

AÑO II

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

Núm. 72

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
(PAGO ADELANTADO)

En la capital al mes..... 1 peseta
Fuera de la capital trim. stre..... 3 pesetas

DIRECTOR-PROPIETARIO

D. ENILIO BERNABEU Y NOVALVOS

CIUDAD REAL 11 DE MARZO DE 1903.

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALATRAVA, 19

SE PUBLICA

LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

Anuncios y comunicados á precios convencionales

LA MESAETA

POLITICA HIDRAULICA

Vuelve á levantar su voz, que tiene acentos de redención para España, la política hidráulica, que, en época aún reciente, llevó á las alturas del Gobierno al Sr. Gasset, y que hoy le pide su apoyo para celebrar en Ciudad Real un mitin en favor de las medidas tantas veces defendidas por todos los pensadores españoles.

Los poetas han dicho muchas veces que un río semeja una cinta de plata. Veamos si es ó no una metáfora; volvámos los ojos á la Meseta.

La Meseta central de España; la que comprende la Mancha y gran parte de ambas Castillas; la que soporta los rigores de tremenda altura barométrica sin el abrigo natural del bosque; la de llanuras desoladas, por las cuales se camina viendo todo el día el campanario del pueblo adonde se desea llegar y no se llega en todo el día, ¡tan llana es la tierra y tan desnuda!

Y como consecuencia de esas desdichas orgánicas, estas otras desdichas funcionales, tan inhabitada, tan miserable, tan inculta.

El cinturón de provincias costeras recibe el influjo bienhechor de la civilización, que entra por sus puertos, trae dinero para explotar sus huertas y sus minas, y máquinas y procedimientos nuevos, que centuplican la riqueza: todo eso se detiene en el Moncayo, en Sierra Segura, en la Alpujarra, en la cordillera celtibérica. Detrás de esta muralla de la China, se extienden, en toda su inmensa tristeza, las landas castellanas y manchegas.

Hubo un tiempo en que la población de España apenas si era una mitad que en nuestros días; y entonces la meseta bastaba para producir y sustentar cereales y ganados, y la costa sus frutas; aquí lo más útil, el pan y la carne; allí lo más agradable, la azucarada pulpa y el ácido refrescante. España se podía comparar á una mesa en cuyo centro estaba el plato fuerte y substancioso y en cuyos bordes se hubieran colocado los postres.

Después, la Meseta central perdió sus bosques, petrificó sus métodos primitivos, estancó su producción, mató sus industrias y dejó llevar á Inglaterra sus razas merinas; el sol calcinó la desnuda tierra y sobre ella se asentó la miseria; mientras que en el cinturón costero, el hierro de unas minas, el plomo de otras, el cobre de éstas, el zinc de aquéllas atraían el oro de otros países, y con el oro la ciencia y la industria, que ya no necesitaban pedir á la Mancha y á Castilla el plato fuerte, porque el pan y la carne venían de fuera más baratas.

Y como consecuencia de esta última complicación, la Meseta comenzó á pesar como una rémora en la marcha económica de las provincias de la costa.

¿Hay algo que dé razón de este desequilibrio, de esta desigualdad, cuya perturbación alcanza ya á todos los órdenes de la vida nacional? Sí; el agua que fertiliza las tierras, que cambia y

incrementa su producción, que alimenta sus industrias y hasta modifica el carácter de los habitantes.

Veamos un ejemplo. El Segura es un pigmeo comparado con el Ebro, con el Guadalquivir, con el Tajo. Pero es, en cambio, y gracias á los árboles, el río de aguas más aprovechadas de toda España.

En sus 42 leguas de curso hace paraisos tan maravillosos como las huertas de Blanca, de Murcia y de Orihuela, donde se da la caña, el tabaco, el opio con igual índice de morfina que el opio de Alepo y de Smirna.

Su sistema de *partidores*, *acequias* y *regajes*, merced al cual no se pierde una gota y el agua sobrante del riego vuelve al río para fertilizar otras tierras más bajas, sólo puede ser comparado al sistema arterial y venoso que riega nuestro cuerpo; tan ingenioso es y bien dispuesto.

¿Qué no podría hacerse con esos caudales enormes que se llaman el Tajo, el Guadalquivir, el Guadiana, el Ebro!

Pero, ¿por dónde corren esos ríos? Pues corren precisamente á través de esa Meseta árida y triste, que necesita pedir á las nieves del invierno la esperanza de una cosecha.

Y en ella, ¡oh colmo de ironía!, no hay más que una canalización, una sola obra de la Naturaleza, y esa se lleva toda el agua del Guadiana debajo de tierra.

EL ALMA

(DE BYRON)

Quando ese frío fatal
Que muerte tiene por nombre
Hace un cadáver del hombre,
¿Dónde va el alma inmortal?

¿Vive con el cuerpo en guerra?
¿Busca más allá otro foco?
No puede morir; tampoco
Puede quedarse en la tierra.

Libre de cárcel impía
Se aparta lejos de aquí,
Pero deja tras de sí
El polvo que la cubría.

¿Qué hace? ¿Cuál es su destino?
¿Dónde se dirige inquieta?
¿Sigue de cada planeta
El misterioso camino?

¿O al dejar terrestre lodo
Llena el espacio inmortal,
Y allí es ojo universal
Que lo vé y descubre todo?

Quando así levanta el vuelo.
Infinita, inalterable,
Penetra lo impenetrable,
Cuanto encierran tierras y cielo.

La memoria encadenada,
Que no vé el pasado oscuro,
Lo vé entonces, claro, puro
Con una sola mirada.

Clarísima percepción
De una espléndida luz nueva,
Esa mirada se eleva
Antes de la creación.

Y penetra hasta el lugar
Donde el cielo más lejano
Tuvo principio, ¿qué arcano
Se le puede ya ocultar?

Evocando el porvenir,
Sin nada que la encadena,

Vé todo cuanto se tiene
Que crear ó destruir.

Se abren abismos profundos,
Polvo son inmensas moles,
Su luz extinguen los soles
Y se desploman los mundos.

Tan sólo en su eternidad,
Llena de paz inefable,
El alma sigue inmutable
A la luz de la verdad.

Más alta aún que el amor,
Que el odio y que la esperanza,
Una nueva vida alcanza
Ajena á todo temor.

Libre, ajena al desengaño,
Vivísima respíandose,
Y un siglo desaparece
Para ella como un año.

Ya no hay antes ni después
Al dejar el fragil lodo;
Siempre, siempre, sobre todo,
Siempre de todo al través.

No la ata ya el lazo fuerte
Ni materia delaznable;
Objeto eterno, inmemorable,
Ha olvidado lo que es muerte.

CRÓNICA

LA SEQUIA

Hoy lo mismo que ayer; mañana lo mismo que hoy.

¡Siempre igual!

El aterrador espectro de la sequía, que marchita las plantas de nuestros campos y las obliga á permanecer estacionadas en su desarrollo, vuelve á aparecer nuevamente amenazador é imponente, llevando al ánimo del agobiado agricultor la tristeza y el pesar más hondos...

Medía ya Marzo y la benéfica lluvia, que ha de fertilizar la tierra, no llega nunca.

—Si lloviera pronto—dicen muchos podría aun componerse bastante el año.

Pero en tanto el tiempo pasa y el suelo pierde los últimos restos de humedad.

Y ante la perspectiva de la pérdida más que probable de la cosecha, los labradores se aprestan á suministrar á sus sembrados por medios artificiales lo que la naturaleza les niega.

Y así vemos con qué rapidez montan muchos de ellos las pesadas y primitivas norias en los pozos de sus huertas, para salvar, al menos, la cosecha pendiente en aquellas minúsculas parcelas, que constituyen el principal objetivo de sus afanes y desvelos.

—Al menos—dicen ellos—si perdemos «lo del escampío» se salvarán las huertas...

¡Triste consuelo, en verdad, pero no hay otro!

—Aseguremos la producción en unas cuantas hectáreas de terreno, ya que sea nula en la mayor parte de nuestras propiedades.

Y diciendo y haciendo, enganchan la mula á la tosca palanca del no menos tosco «sanderaje» y aliviando con razones por demás contundentes al paciente animal, comienza á dar vueltas y más vueltas la enorme rueda del crujiente

armatoste, y poco á poco se va llenando la alberca del líquido elemento que los arcaucos elevan y vierten en la clásica «artesilla»...

¿Que el procedimiento es penoso y costosísimo? Demasiado lo saben ellos, pero ¿qué remedio les queda si no aplican el único que está á sus alcances? ¿Han de consentir que se agosten sus siembras? ¿Han de presenciar impasibles su propia ruina? De ningún modo.

El clima de nuestra región es así siempre. Los diferentes fenómenos meteorológicos que, bien distribuidos en las cuatro estaciones del año, es lo que constituyen un clima privilegiado, resultan aquí repartidos con mucha irregularidad y así vemos inviernos de lluvias abundantísimas que se suceden casi sin interrupción, y, en cambio, observamos otros, como el que está al salir, en los que apenas si la tierra recibe la indispensable humedad para el sostenimiento de las plantas que en ella crecen.

Y al discurrir sobre cuestiones tan trascendentales y de tan vital interés para nuestra «patria chica», pensamos también sobre lo que ésta sería si algún día llegasen á convertirse en consoladoras realidades los planes que con mejor buen deseo que fortuna se concibieron para la construcción de los tan suspirados pantanos y canales de riego, que habían de asegurar en todo momento el fruto de los sudores del empedrecido agricultor.

A. G.

Ciudad Real 10 Marzo 1903.

EL NITRATO DE SOSA

SU EMPLEO EN EL CULTIVO DEL TRIGO

Entre los diferentes abonos aprovechados por el agricultor, ninguno más activo y de efecto más rápido que el nitrato de sosa. Esta propiedad que tanto le caracteriza permite aplicarlo á las tierras después de estar bien desarrolladas las plantas que se explotan, y siendo ahora la época más favorable para fertilizar con su auxilio los cereales y especialmente el trigo, pareceme oportuno publicar un ensayo que hace pocos años verifiqué en la Granja Central con dicho abono, por si algún agricultor juzgase conveniente repetirlo.

El ensayo se verificó en dos parcelas de 1.000 metros cuadrados de superficie cada una, de igual tierra, algo suelta, poco fértil, oportunamente sembrada de trigo. El 8 de Marzo se abonó la primera con 20 kilogramos de nitrato de sosa, envolviéndolo con una labor somera de arado y labrándose también la segunda parcela, para que no se diferenciasen más que en el abono.

Del 18 al 31 de Mayo sobrevinieron las lluvias, recogiendo en el pluviómetro de la Estación Agronómica de dicho centro, una capa de agua de 33 milímetros; pocos días después comenzó á notarse en el trigo los efectos del compuesto sódico, en el color verde oscuro que tomaron las plantas, y más tarde, en el mayor desarrollo de los tallos.